UNA NOTA DE MIGUEL ÁNGEL EN *LOS MUERTOS* DE JOSÉ LUIS HIDALGO

Francisco Ruiz Soriano
I. E. S. Pompeu Fabra, Badalona

José Luis Hidalgo es uno de los poetas más representativos de la línea existencial de la primera promoción de postguerra. Situado dentro de la vertiente rehumanizadora y vital de claros tonos neorrománticos, su poesía se caracteriza por el predominio del sentimiento y la emoción, estética que choca con la tendencia clasicista y formalista que los poetas de *Garcilaso* venían imponiendo. Hidalgo defendió siempre la autenticidad de la palabra poética, igual que todo el grupo santanderino de la Quinta del 42 al que pertenece generacionalmente y del que es precursor junto con José Hierro. El rasgo más relevante que vertebra sus libros consagrados, *Raíz* (1944) y *Los muertos* (1947), es la reflexión metafísica en torno a los temas del Tiempo, Dios y la Muerte, preocupaciones existenciales que inscriben al poeta dentro de esa corriente "subterránea" —muerta en superficie—, que definía Max Aub.

No nace pensamiento en mí que no lleve esculpida la muerte. Con esta cita de Miguel Ángel, a la que sigue otra de Goethe, comienza José Luis Hidalgo su obra póstuma: *Los muertos*. La poesía de Miguel Ángel Buonarroti, como la del poeta cántabro, también es producto de una larga meditación sobre la trascendencia del ser humano y su itinerario vital y espiritual. Las facetas estéticas del gran artista del "Quattrocento" eran conocidas y admiradas por Hidalgo, estudiante de Bellas Artes en Valencia a principios de los años cuarenta. Existe en ambos poetas una preocupación por el tema de la muerte (Miguel Ángel llega incluso al diálogo con ella: *l'anima mia con la morte parla*) y una meditación sobre la caducidad de la vida y de las cosas (motivo también presente en Rilke). *Vivir es contemplar el mundo derramado / como una vasta muerte que nos hiela o abrasa*, señala José Luis Hidalgo en el poema titulado "Vivir doloroso"; en estos versos el poeta santanderino no solamente coincide en la reflexión sobre el gran tema del fin vital, sino que llega a expresarse con los mismos términos antitéticos petrarquistas renacentistas (hielo / fuego) que caracterizarían esa poesía supurante de tensión de Miguel Ángel. Los motivos de la fugacidad del tiempo y la brevedad de la vida fueron ampliamente desarrollados por los poetas metafísicos barrocos, y Miguel Ángel empleará esos tópicos —tan quevedianos— de la "vita punctum est" y del "hombre portador de su propia muerte", que también encontramos en Rilke. Así, en sus *Rime* el poeta italiano señala el poder de la muerte:

> Molti anni fassi qual felice, in una
> brevissima ora si lamenta e dole;
> o per famosa o per antica prole
> altri s'inlustra, e'n un momento imbruna.
> Cosa mobil non é che sotto el sole
> non vinca morte e cangi la fortuna.[1]

Ambos poetas concurren en la búsqueda de una poesía contemplativa donde el estado de soledad meditabunda sirve para indagar en lo espiritual, poesía reflejo fiel de las angustias existenciales del hombre. Frente al clasicismo imperante y una visión armónica del mundo, presentarán los vates sus posiciones contradictorias y lucha interior: Miguel Ángel, frente a la armonía del Renacimiento; Hidalgo y su metafísica existencial, frente a la poesía "garcilasista" de postguerra, anclada en el formalismo y falsos oropeles heroicos; los poetas mostrarán la tensión que sufren, el desgarro interno en la lucha de contrarios: amor y muerte, idea y materia, deseo de eternidad y vacío. La corruptibilidad física de la materia alcanza el ideal de belleza y al propio ser humano: los cuerpos escultóricos de Miguel Ángel sufren la deformación, el Hombre en la poesía de Hidalgo es un mero cuerpo muerto en podredumbre interrogando a Dios.

La presencia del Ser supremo omnipresente, creador y ordenador del universo es constatable en la poesía de ambos. Existe un paralelismo entre la labor creadora de Dios y la labor del artista guiado por la inspiración divina, sobre todo en Miguel Ángel:

> Se'l mio rozzo martello i duri sassi
> forma d'uman aspetto or questo or quello,
> dal ministro che'l guida, iscorge e tiello,
> prendendo il moto, va con gli altrui passi.
> Ma quel divin che in cielo alberga e stassi,
> altri, e sé più, col proprio andar fa bello;
> e se nessun martel senza martello
> si può far, da quel vivo ogni altro fassi.
> E perché'l colpo è di valor più pieno
> quant'alza più se stesso alla fucina,
> sopra'l mio questo al ciel n'è gito a volo.
> Onde a me non finito verrà meno,
> s'or non gli dà la fabbrica divina
> aiuto a farlo, càl mondo era solo.[2]

El artista crea el mundo de la nada con su propia palabra poética, compone universos igual que un Dios demiurgo; aquí llegamos al estadio de la estética de Hidalgo donde la idea del Ser divino es una

José Luis Hidalgo
[Foto cedida por D. Ángel Hidalgo Talón]

mera invención del ser humano —tema tan rilkiano y unamuniano—; pero mientras que Miguel Ángel no pone en duda su existencia, Hidalgo sí lo hará, igual que casi todos los poetas existenciales de la primera promoción de postguerra (Blas de Otero, Rafael Morales, Vicente Gaos, Carlos Bousoño, etc.); la idea de Dios puede ser una quimera del hombre: así, en un poema de Hidalgo, el titulado "Pregunta", Dios puede ser un simple sueño:

> Y si Tú eres, Señor, tan sólo un sueño
> que de mi ser humano se levanta,
> ¿por qué ahora la triste carne mía
> no es el Dios infinito que soñara? [3]

Miguel Ángel evolucionará en su concepción sobre la divinidad: cambiará la presentación de un Dios de la Belleza, todo bondad y radiación inmanente de felicidad, a un Dios del castigo y del pecado en la faceta más penitente de la religión judeocristiana, reflejo de la insatisfacción y frustración del propio artista por alcanzar lo sublime perfecto, porque la materia está sujeta a corrupción, trastocando sus ideales neoplatónicos, y el ser humano condenado a la mortalidad; en ambos poetas surge frente a la idea de la muerte una tendencia metafísica, en Miguel Ángel más pronunciada hacia una religiosidad mística, pero en los dos el deseo por la inmortalidad está presente, es la insaciabilidad del ser humano por la eternidad:

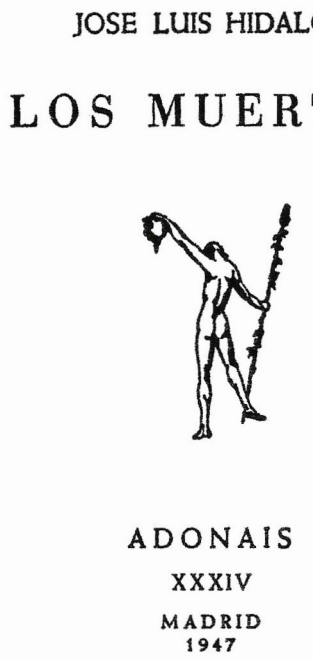
> Yo no quiero morir como tú has muerto,
> sobre la tierra dura, oscuramente.
> Quiero brillar con las estrellas, alto;
> jamás descansaré, arderé siempre.[4]

Miguel Ángel presentará estos motivos del Dios castigador y las ansias de perduración en el soneto:

> Le favole del mondo m'hanno tolto
> il tempo dato a contemplare Iddio,
> né sol le grazie sue poste in oblio,
> ma con lor, più che senza, a peccar volto.
> Quel c'altri saggio, me fa cieco e stolto
> e tardo a riconoscer l'error mio;
> manca la speme, e pur cresce il desio
> che da te sia dal proprio amor disciolto.
> Ammezzami la strada c'al ciel sale,
> Signor mio caro, e a quel mezzo solo
> salir m'è di bisogno la tuo 'ita.
> Mettimi in odio quanto'l mondo vale
> e quante sue bellezze onoro e colo,
> c'anzi morte caparri eterna vita.[5]

Ambos poetas coinciden también en la preocupación por el tema de la muerte expresado con tonos de angustia trágica: los personajes que presenta Miguel Ángel en sus obras están cargados generalmente de afligida tensión; cuando alcanzan cierta serenidad, tienden hacia la melancolía o la reflexión. El artista florentino se centra en el hombre y en el cuerpo humano como unidad simbólica; en un proceso de crisis se produce una deformación de la materia, generada por la tensión que crea su deseo de obtener la espiritualidad mientras la fuerza de lo terrenal, más fuerte, lo arrastra hacia la belleza material —de ahí surge su insatisfacción. Del mismo modo, esta idea tendría su correlato en José Luis Hidalgo, que, en la presentación de los personajes centrales de su libro póstumo —los muertos—, los hace aparecer en un proceso de violenta tensión y lucha frente a la descomposición, ejemplo de sus anhelos inalcanzables por subsistir. El poeta cántabro refleja más íntimamente ese sentimiento angustioso que aflora ante la consciencia del fin de la existencia y la imposibilidad de encontrar respuesta a sus preocupaciones metafísicas:

> La carne se deshace en la tristeza
> de la tierra sin luz que la sostiene.
> Sólo quedan los ojos que preguntan
> en la noche total y nunca mueren.[6]



Portada de la primera edición de *Los muertos*

En *Los muertos*, los fallecidos van adquiriendo una categoría universal y esencial, parecida al concepto de "muerte propia" de Rilke; por la muerte el ser humano deja de existir y comienza a ser: recuerdo y memoria; ecos de esta idea aparecen en la elegía de Miguel Ángel a su padre: con el fin de la vida se alcanza la inmortalidad, el tiempo y el destino no afectan al muerto, él simplemente es...

Tu se' del morir morto e fatto divo,
né tem'or più cangiar vita né voglia,
che quasi senza invidia non lo scrivo.
Fortuna e'l tempo dentro a vostra soglia
non tenta trapassar, per cui s'adduce
fra no'dubbia letizia e certa doglia.
Nube non è che scuri vostra luce,
l'ore distinte a voi non fanno forza,
caso o necessità non vi conduce.
Vostro splendor per notte non s'ammorza,
né cresce mà per giorno, benché chiaro
sie quand'el sol fra no'il caldo rinforza.
Nel tuo morire el mio morire imparo,
padre mio caro, e nel pensier ti veggio
dove'l mondo passar ne fa diraro.
Non è, com'alcun crede, morte il peggio
a chi l'ùltimo di trascende al primo.[7]

En la muerte se encuentra precisamente la inmortalidad, la unión con el mundo: hay que aprender a morir, señala Miguel Ángel; siglos más tarde desarrollará esta idea Rainer Maria Rilke; todo *Los muertos* de Hidalgo es una meditación y un intento de aceptación de esa idea final.

NOTAS

1. Michelangelo BUONARROTI, *Rime*, ed. Giovanni Testori, Milano: Bur, 1975, p. 41.
2. Michelangelo BUONARROTI, *op. cit.*, p. 89.
3. José Luis HIDALGO, *Obra poética completa*, Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1976, p. 83.
4. José Luis HIDALGO, *op. cit.*, p. 69.
5. Michelangelo BUONARROTI, *op. cit.*, p. 326.
6. José Luis HIDALGO, *op. cit.*, p. 65.
7. Michelangelo BUONARROTI, *op. cit.*, p. 146.